

# Algunos apuntes sobre responsabilidades

## Primer apunte: los compromisos sociales

Juan Guillermo Figueroa Perea

El 22 de septiembre de 2010 se celebraron diferentes reuniones para festejar los cien años de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y en varios momentos se hizo referencia al discurso de Justo Sierra en 1910, cuando encabezó la inauguración de la universidad como “nacional”, después de tres siglos de existencia. Señalaba que los universitarios podían concentrarse en la generación de conocimiento, pero que no debían aislarse de la realidad social. José Narro, el actual rector, acostumbra mencionar al entregar doctorados *honoris causa* a diferentes personajes, que “el conocimiento no puede ser neutro pues tiene un gran componente de compromiso social”. Lo que no queda tan claro es, ¿en qué consiste el compromiso?

Quienes tenemos algún título otorgado por la UNAM, vivimos la experiencia de hacer un examen profesional en el que se nos pregunta si prometemos usar el conocimiento por el bien de la sociedad. Después de la respuesta, el protocolo añade: “Si así lo haces, que la sociedad te lo premie. Si no lo haces, que la sociedad te lo demande”. Al respecto, suelo comentar a mis estudiantes que la sociedad no sabe que nos puede interpelar: “Tú prometiste que aceptabas compromisos con la sociedad, mas ¿dónde está el uso del conocimiento?” Conviene plantearnos si es necesario hacer explícitos estos compromisos y monitorearlos.

## Segundo apunte: socializar la investigación

Un segundo elemento que sugiero dialogar se refiere a los compromisos éticos y políticos al “investigar”. A mis colegas académicos y a mis alumnos les propongo que se pregunten de vez en cuando qué significa investigar. Si queremos hablar de un código de ética o de la ética profesional de alguna práctica determinada, se supondría que tenemos claro qué es lo que nos corresponde. No es ocioso preguntarnos, ¿cómo puedo saber si estoy cumpliendo como investigador?

En los cursos de metodología que imparto, me gusta compartir una definición del pedagogo y sociólogo Ezequiel Ander Egg respecto a que “la investigación es una reflexión ordenada, sistemática y crítica a través de la cual se pretende generar conocimiento”. Ahora bien, si yo la hago ordenada y sistemática, pero no crítica, ¿estoy haciendo investigación? Conozco a muchos colegas cuya reflexión es ordenada y sistemática, en cuanto a que especifican el rigor metodológico de su generación de datos y de su análisis, aunque no sé si es crítica, pues no necesariamente cuestionan sus supuestos ideológicos.

También propongo profundizar en la pregunta: ¿Cómo socializamos la información y cómo aseguramos que se cumplan los compromisos que establecimos con quienes hacemos investigación? Muchos responden que hay bastante demanda para publicar y que deben cubrir una serie de criterios de evaluación académica centrados en la productividad, por

lo que no disponen de suficiente tiempo para “devolver” la investigación a la gente. Me pregunto si habrá un elemento de negligencia cuando ignoramos estudiar temas relevantes para la población o cuando omitimos devolverle de alguna forma la información que obtuvimos. Incluso, ¿faltaremos a algún compromiso cuando no socializamos el conocimiento entre los ciudadanos con quienes hacemos investigación y que son los verdaderos “tomadores de decisiones”?

### Tercer apunte: los dilemas éticos

¿Qué sucede con algunas disciplinas sociales en las que no se practica la reflexión ética, ya que se asume que ésta

sólo es necesaria en la experimentación clínica? Al preguntarles a los investigadores sociales cuáles son sus dilemas éticos, por lo general aseguran que no los han tenido, aunque sí los reconocen cuando les doy ejemplos. Los lingüistas afirman que “lo que no se nombra se acaba creyendo que no existe”; así que hay gente que tiene dilemas éticos y no se da cuenta, precisamente porque nadie se los nombró como tales. ¿Eso los exime de posibles consecuencias negativas al hacer investigación?

Al plantearles la posibilidad de formar comités de ética, las respuestas son: “Para qué, ni que fuéramos médicos”, “Nosotros no metemos ninguna sustancia a los

cuerpos de las personas”, “No hace falta porque no experimentamos; sólo observamos, preguntamos, vivimos en la comunidad y hablamos de ellos”. Sin embargo, a veces se toman más precauciones cuando se inyecta una sustancia experimental que cuando se hacen preguntas que no se saben redondear en el proceso de entrevista, y que pueden detonar una serie de conflictos que el investigador no previno o no sabe cómo confrontar.

En el Código de Nüremberg y en la Declaración de Helsinki (que abordan la experimentación con seres humanos) existe cierta conciencia del efecto de una investigación y por ende, se anticipa que hay posibles riesgos en la intervención que se

# éticas y políticas



en ciencias  
sociales

esté llevando a cabo. ¿Qué sucede cuando se asume que la investigación es inocua y no se toman precauciones ante las posibles consecuencias?

Un elemento más a reflexionar es acerca de cómo aprendemos a ser investigadores. En la cotidianidad, el sentido común nos dice que “echando a perder se aprende”; en cambio, en la práctica clínica no se deja que una persona ejerza como médico sólo porque ya acabó la carrera. Al contrario, hay un acompañamiento y supervisión constantes por si se identifican habilidades que se deben pulir en el camino o ante la posibilidad de que haya una equivocación. En las ciencias sociales solemos decir a los alumnos, desde que están en licenciatura, que si van a hacer una tesis tienen que irse a campo. No sabemos qué tanto su práctica pudo haber sido echando a perder... Y echar a perder pudo significar un descuido en el intercambio con la persona investigada, poniendo en riesgo algunos de sus derechos, sin una supervisión o un acompañamiento crítico. El costo no está considerado en las ciencias sociales, ya que no anticipamos, como en otras disciplinas, algunos cuidados éticos.

#### Cuarto apunte: la preparación

¿Cuándo sabemos que ya somos investigadores? No hay una carrera para eso en la mayor parte de las universidades. Aprendemos una disciplina, pero eso no significa que al ser sociólogos o antropólogos, somos investigadores. Aprendemos a conocer marcos teóricos y recursos metodológicos, estamos prevenidos para relacionarnos con la población de estudio, y en general, algunos nos vamos preparando para ser investigadores. Habría que cuestionarnos si las personas que van a ser investigadas también se tienen que preparar para ello...

Desde la academia tal vez conocemos suficiente teoría e información, por ejemplo, sobre violencia de género, discriminación o situaciones de agresión que pueden

llevar a la muerte. ¿Qué sucede si los pobladores de cierto lugar han vivido este tipo de situaciones y no han podido nombrarlas, no han podido procesarlas? Quizá han ido guardando la experiencia en la parte más recóndita de sus recuerdos, tratando de que se borre por completo, y de repente llega alguien a investigar, con la habilidad suficiente para que “aquello” salga en la conversación aun cuando las personas realmente no hubieran querido platicar al respecto en esas circunstancias.

Cuando no hay conciencia de que la intervención de las ciencias sociales puede producir efectos no deseados, tampoco existen rituales para anticipar las consecuencias. Entonces, cabe preguntarse si hay necesidad de que los investigados tengan una claridad mayor acerca de aspectos sensibles, incluso más allá del formato de consentimiento informado, el cual pretende brindar elementos y alertar a la población sobre los temas de un estudio.

#### Quinto apunte: relación dialógica

¿Qué compromisos adquirimos con el uso de la información? He encontrado que en diversos protocolos de investigación se señala que la información se difundirá entre tomadores de decisiones. Regularmente se piensa que dichos personajes son los administradores de algún programa gubernamental o los coordinadores de políticas públicas. Sin embargo, en una sociedad autoritaria, dar la información a esas personas puede ayudar a mantener las relaciones de poder. En realidad, los principales tomadores de decisiones son los ciudadanos, por lo que la investigación social podría ser un buen acompañamiento de ciudadanía. Retomando al pedagogo Paulo Freire, una buena conversación, sistemática, rigurosa y que respeta los tiempos y las formas de comunicarse, puede impulsar a la persona investigada a tomar distancia de sí misma, es decir, puede ser que una

entrevista debidamente realizada acompañe los procesos de toma de conciencia.

La investigación es una relación dialógica: dos logos, dos conciencias que están interactuando, y así, los compromisos éticos y políticos se cumplen cuando se reconoce a la otra persona como un ser humano con el que se interactúa. Me preocupan experiencias en las que el investigado es un mero informante y no un individuo con el que se dialoga, casi como un sospechoso siendo interrogado por un judicial. El investigador se beneficia con el intercambio, pero es perverso que la otra persona no viva la posibilidad de empoderarse mediante el proceso de investigación. Debemos reflexionar sobre las características del encuentro entre investigadores e investigados en la búsqueda de generar conocimiento, sin obviar lo que significan las responsabilidades éticas y políticas de quien investiga. ☺

Juan Guillermo Figueroa es investigador de El Colegio de México (figue@colmex.mx).

